



COVID-19 Y LA LIBERTAD HUMANA

Project Syndicate

Escrito por: Joseph E. Stiglitz¹

Puede consultar la versión original [aquí](#)

En una pandemia, las acciones de una persona afectan el bienestar de otras. Y siempre que existan tales externalidades, el bienestar de la sociedad requiere una acción colectiva: regulaciones para restringir los comportamientos socialmente dañinos y promover comportamientos socialmente beneficiosos.

El aumento de casos, hospitalizaciones y muertes de COVID-19 en los Estados Unidos sirve como un amargo recordatorio de que la pandemia no ha terminado. La economía mundial no volverá a la normalidad hasta que la enfermedad esté bajo control en todas partes.

Pero el caso de Estados Unidos es una verdadera tragedia, porque lo que está sucediendo actualmente aquí es muy innecesario. Mientras que aquellos en mercados emergentes y países en desarrollo anhelan recibir la vacuna (y muchos mueren porque no pueden obtenerla), el suministro de EE. UU. Es lo suficientemente amplio como para proporcionar una dosis doble, y ahora una inyección de refuerzo, a todos en el país. Y si casi todo el mundo se vacunara, es casi seguro que el COVID-19 simplemente “desaparecería”, como lo expresó memorablemente el ex presidente Donald Trump.

Y, sin embargo, no se ha vacunado a suficientes personas en los EE. UU. Para evitar que la variante Delta altamente contagiosa lleve el número de casos en muchas áreas a nuevos máximos. ¿Cómo actúan tantas personas en un país con gente aparentemente bien educada de manera tan irracional, en contra de sus propios intereses, en contra de la ciencia y en contra de las lecciones de la historia?

Parte de la respuesta es que el país, a pesar de toda su riqueza, no está tan bien educado como cabría esperar, lo que se refleja en el desempeño internacional comparativo del país en evaluaciones estandarizadas. En muchas partes del país, incluidas algunas con las tasas más altas de resistencia a la vacunación, la

¹ Joseph E. Stiglitz, premio Nobel de economía y profesor universitario en la Universidad de Columbia, es ex economista jefe del Banco Mundial (1997-2000), presidente del Consejo de Asesores Económicos del Presidente de EE. UU. Y copresidente de la Alta- Comisión de Nivel de Precios del Carbono. Es miembro de la Comisión Independiente para la Reforma de la Fiscalidad Corporativa Internacional y fue el autor principal de la Evaluación del Clima del IPCC de 1995.



educación científica es particularmente deficiente debido a la politización de temas fundamentales como la evolución y el cambio climático, que en muchos casos han sido excluidos de los planes de estudio escolares.

En este entorno, la desinformación puede ganar terreno entre muchas personas. Y las plataformas de redes sociales, aisladas de la responsabilidad por lo que transmiten, han creado un modelo comercial para maximizar el "compromiso del usuario" mediante la difusión de información errónea, incluso sobre COVID-19 y las vacunas.

Pero una parte clave de la respuesta es una profunda interpretación errónea, especialmente entre la derecha, de la libertad individual. Aquellos que se niegan a usar máscaras o distanciarse socialmente a menudo argumentan que los requisitos para hacerlo infringen su libertad. Pero la libertad de una persona es la "falta de libertad" de otra. Si su negativa a usar una máscara o vacunarse da como resultado que otros contraigan COVID-19, su comportamiento está negando a los demás el derecho más fundamental a la vida misma.

La esencia del asunto es que existen grandes externalidades: en una pandemia, las acciones de una persona afectan el bienestar de otras. Y siempre que existan tales externalidades, el bienestar de la sociedad requiere una acción colectiva: regulaciones para restringir los comportamientos socialmente dañinos y promover comportamientos socialmente beneficiosos.

Cualquier sociedad ordenada conlleva restricciones. Pero si bien las prohibiciones de matar, robar, etc. restringen la libertad de un individuo, todos entendemos que la sociedad no podría funcionar sin ellas. En nuestro mundo posterior a COVID, podríamos interpretar que los Diez Mandamientos incluyen: "No matarás, ni siquiera propagando enfermedades infecciosas cuando puedas evitar hacerlo".

Del mismo modo, "Te vacunarás". Cualquier infracción de la libertad de un individuo al requerir una vacuna COVID-19 segura y altamente efectiva palidece en comparación con los beneficios sociales, y los consiguientes beneficios económicos, de la salud pública. Es una obviedad exigir que todas las personas, con solo excepciones médicas limitadas, se vacunen. Si bien muchos gobiernos parecen ser demasiado tímidos para imponer este requisito, los empleadores, las escuelas y las organizaciones sociales, cualquier actividad organizada que ponga a las personas en contacto con otras, deberían hacerlo.

Como hemos aprendido durante los últimos 18 meses, la salud mundial es un bien público mundial. Mientras la enfermedad continúe en algunas partes del mundo, aumentará el riesgo de una mutación más mortal, más contagiosa y más resistente a las vacunas.



En la mayor parte del mundo, sin embargo, el problema no es la resistencia a la vacunación, sino una grave escasez de vacunas. Evidentemente, el sector privado no puede aumentar la producción para garantizar un suministro adecuado. ¿Se debe a que los productores de vacunas carecen de capital? ¿Hay escasez de viales de vidrio o jeringas? ¿O es porque esperan que menos dosis conduzcan a precios más altos y ganancias aún mayores? Entre las barreras clave para una mayor oferta se encuentra el acceso a la propiedad intelectual necesaria, razón por la cual la exención de propiedad intelectual que se está discutiendo en la Organización Mundial del Comercio es tan importante.

Dada la urgencia y la escala del desafío, se necesita más: entre los pasos que podría tomar la administración del presidente estadounidense Joe Biden está invocar la Ley de Producción de Defensa y aprovechar la propiedad del gobierno federal de las patentes clave. Estados Unidos ha permitido que las compañías farmacéuticas utilicen esta propiedad intelectual pública libremente, mientras obtienen miles de millones de dólares en ganancias. Estados Unidos debe utilizar todos los instrumentos a su disposición para aumentar la producción en el país y en el extranjero.

Esto también es una obviedad. Incluso si los costos de la vacunación global ascendieran a decenas de miles de millones de dólares, la cantidad palidecería en comparación con los costos de los brotes persistentes de COVID-19 para las vidas, los medios de vida y la economía mundial.